



REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

— DE —

— SAN FERNANDO —

SESIÓN EXTRAORDINARIA Y PÚBLICA

CELEBRADA EL DÍA 19 DE ABRIL DE 1925

HOMENAJE CONMEMORATIVO DEL ILUSTRE PINTOR

LEÓN BONNAT

REPARTO DE PREMIOS



MADRID

EST. TIPOGRÁFICO SUCESOR DE NIETO Y COMPAÑÍA

Tutor, 16.—Teléfono 20-42 J.

1925



REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO

SESIÓN EXTRAORDINARIA Y PÚBLICA

CELEBRADA EL DÍA 19 DE ABRIL DE 1925

HOMENAJE CONMEMORATIVO DEL ILUSTRE PINTOR

LEÓN BONNAT

REPARTO DE PREMIOS



MADRID

EST. TIPOGRÁFICO SUCESOR DE NIETO Y COMPAÑÍA

Tutor, 16.—Teléfono 20-42 J.

1925



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

REPORT OF THE PHYSICS DEPARTMENT

FOR THE YEAR 1900-1901

CHICAGO, ILL., 1901

PRINTED BY THE UNIVERSITY PRESS



REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

— DE —

— SAN FERNANDO —

SESIÓN EXTRAORDINARIA Y PÚBLICA

CELEBRADA EL DÍA 19 DE ABRIL DE 1925

ORDEN DE LA SESIÓN

- I.—HOMENAJE CONMEMORATIVO DEL ILUSTRE PINTOR FRANCÉS MR. LEÓN BONNAT.
LEÓN BONNAT.—Excmo. Sr. D. Marceliano Santa María, Secretario de la Sección de Pintura.
REMEMBRANZAS.—Excmo. Sr. D. Miguel Blay.
A LA MEMORIA DEL MAESTRO L. BONNAT.—Excmo. Sr. D. Mariano Benlliure.
BIOGRAFÍA.—Excmo. Sr. D. José R. Mélida.
LA PINTURA DE LEÓN BONNAT.—Ilmo. Señor D. José Garnelo.
- II.—ENTREGA DE LAS MEDALLAS OBTENIDAS EN LOS CONCURSOS DE LA «FIESTA DE LA RAZA».
- III.—ENTREGA DE LOS DIPLOMAS DE PREMIOS Y BECAS DE LA FUNDACIÓN «MOLINA-HIGUERAS».



THE HISTORY OF THE UNITED STATES

BY

JOHN C. CALHOUN

OF THE SENATE OF THE UNITED STATES

NEW YORK

Published by
J. C. CALHOUN
OF THE SENATE OF THE UNITED STATES
NEW YORK

Printed by
J. C. CALHOUN
OF THE SENATE OF THE UNITED STATES
NEW YORK

1850

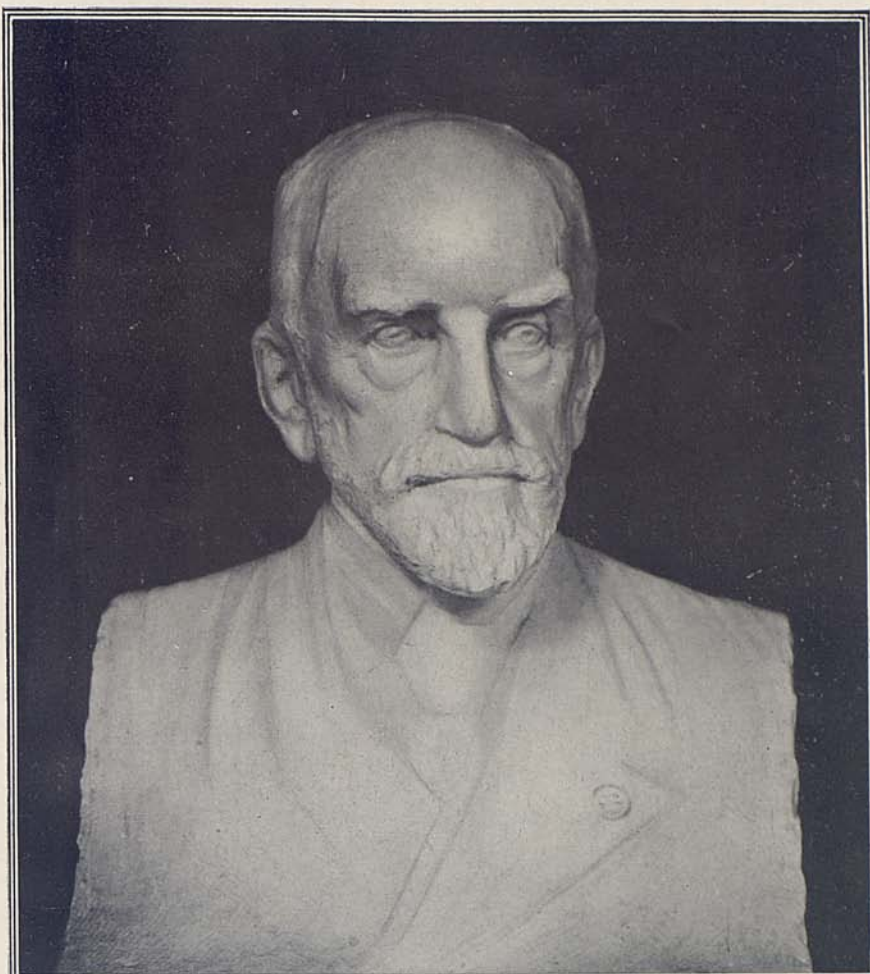
I.—HOMENAJE CONMEMORATIVO

— DEL —

ILUSTRE PINTOR FRANCÉS MR. LÉON BONNAT

I. HOMENAGE TO CONMEMORATIVE

THESE PAGES FOR THE YEAR 1911



LEÓN BONNAT

BUSTO EN MARMOL POR MARIANO BENLLIURE

DONACIÓN DEL AUTOR

A LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE PARÍS



LEÓN BONNAT

Al evocar la figura de este ilustre maestro, brota del alma de los españoles una gratitud sincera hacia el artista. Para estimar a un individuo basta, a las veces, una vibración espiritual por leve que sea. Recordemos, pues, que el pintor Bonnat gastaba capa española.

León Bonnat vivió mucho tiempo entre nosotros, y juzgando a España sin prejuicios llegó a quererla. Alababa nuestras costumbres, veneraba a Velázquez y a Goya, y aquí en Madrid fué donde plantó los primeros jalones de su reputación, que llegó a ser fama inmarcesible.

Era una pintor que construía las figuras en forma escultural; así fué tan admirado por los escultores de su tiempo, que descubrían en las obras del pintor francés poderoso relieve e insuperable claro-oscuro.

Esta reciedumbre de expresión la adquirió en nuestro Museo del Prado, influido por el fuerte espíritu de la Escuela de Madrid. El Alma de Castilla que definió al Greco, a Velázquez, Rosales, Bonnat, Sargent y tantos otros gloriosos artistas.

Marceliano Santa María.

REMEMBRANZAS

Fué, lo recuerdo bien, durante el invierno de 1889, en el taller de mi inolvidable Maestro Henri Chapu, y en una de aquellas tardes terriblemente grises de París, que tuve la buena suerte de conocer al ilustre pintor francés León Bonnat.

Allí, en un rincón del estudio, estaba ocupado en componer un bajo relieve, de asunto virgiliano, y no daba pie con bola, porque mi espíritu anegado en lejanas añoranzas iba poco a poco restando fuerzas a mi recia voluntad, cuando oí al bondadoso Maestro que decía a un caballero recién llegado: «Tu sais, Léon, j'ai là un petit élève qui m'intéresse. Va lui dire quelque chose en espagnol, ça lui fera du bien car le pauvre a l'air triste aujourd'hui; il doit penser à son pays.» Vino hacia mí, me habló y un par de lágrimas de indecible emoción resbalaron por mis mejillas.

* * *

Pasaron los años, muchos, cuando en la primavera, la más hermosa que yo he visto en París, por ser la primera después de la espantosa guerra, en un almuerzo con que fuimos obsequiados, en presencia del Directeur général des Beaux-Arts, des Membres de l'Institut de escritores y artistas franceses y españoles, de profesores y alumnos de las Escuelas, la National des Beaux-Arts de París, la Superior de Arquitectura y la Especial de Pintura, Escultura y Grabado, de esta Corte, el grande y venerado Bonnat habló para recordar, punto por punto, aquel imborrable acontecimiento acaecido en el taller de mi llorado Maestro, y como añadiese que aquel «petit élève

qui dans ce temps là, intéressait à son intime ami Chapu, était devenu par ses mérites, directeur de l'Ecole des Beaux Arts de Madrid, où lui tout jeune avait fait ses premières études», al darme su paternal abrazo, el intenso efecto que me produjo, no me dejó aliento sino para balbucear entrecortadas palabras del más puro agradecimiento.

Miguel Blay.



A LA MEMORIA DEL MAESTRO LEÓN BONNAT

Durante nuestro intercambio de arte con Francia en 1918, conocí personalmente a Bonnat, a este ilustre maestro de la pintura contemporánea. El inolvidable Beruete fué quien me presentó en su estudio en el primero de los viajes que entonces hicimos a París; hecha la presentación, el maestro me abrió los brazos como si me hubiese conocido toda la vida, y puede decirse que desde ese momento apenas nos separamos durante todo el tiempo que estuve en París; nuestra conversación versó siempre sobre la época que Bonnat estuvo en España, ¡cuántas interesantes anécdotas le oí contar sobre los artistas españoles que había tratado, y cuántas veces le oí lamentarse de que su avanzada edad no le permitiese ya volver a un país que tanto amaba!, y así no haber podido asistir a la inauguración de la importante Exposición francesa en el Palacio del Retiro.

Bonnat actuaba a la sazón de Presidente del Comité francés organizador de las Exposiciones francesa y española, y aunque el Duque de Alba preside nuestro Comité con gran entusiasmo y acierto, yo tuve, por las circunstancias de desempeñar entonces la Dirección general de Bellas Artes, que intervenir más activa y directamente; con este motivo, tuve que estar en continua relación con Bonnat, y pude apreciar que a más de un gran artista era un hombre de extraordinaria actividad, de una amabilidad y cortesía verdaderamente francesa, todo lo cual contribuía sobremanera a la gran influencia y prestigio que gozaba en su país; y a mí me recordaba a nuestro D. Federico de Madrazo.

Bonnat dispuso siempre su apoyo y su admiración a los

artistas españoles. Cuando Sorolla, ese mago que encerraba en su paleta el secreto de la luz, celebró su exposición en París, Bonnat, no solamente colaboró en el éxito con toda su valiosísima influencia, sino que, además, adquirió algunos cuadros, pagándolos como un verdadero «amateur».

En nuestra Exposición de París de 1919 también contribuyó muchísimo al éxito la acción personal del maestro Bonnat; y, por cierto, que fué aquel éxito uno de los mayores que nuestro arte ha obtenido en el extranjero, como lo demuestran los hechos de que la Exposición había de durar escasamente veinte días y estuvo abierta más de dos meses, con una entrada media de 5.000 personas, y, al clausurarse, recibimos solicitudes para trasladarla a varias poblaciones francesas, lo cual solamente pudo concederse a Burdeos, cuyo Ayuntamiento, sabiendo que nuestro Soberano había sido el alma de estas Exposiciones, dirigió la petición a S. M.

Recuerdo el día de la inauguración de nuestra Exposición en París. Estaba nublado, la luz era muy escasa y no se podía apreciar bien la riqueza de color de nuestros cuadros; Bonnat, que con otras personalidades acompañaba al Presidente de la República, le iba explicando sala por sala, autor por autor, demostrando un perfecto conocimiento de nuestro movimiento artístico; de cuando en cuando le decía: «¡Qué lástima que el nublado no nos deje apreciar bien la riqueza de estos pintores españoles!» Pero al llegar a la sala donde estaban los cuadros de Sorolla, escenas de la soleada playa valenciana, exclamó Bonnat: «¡En esta sala salió el sol, ese sol de Valencia que encierra Sorolla en su paleta!» Y, efectivamente, parecía que los cuadros de Sorolla iluminaban el salón.

En el siguiente viaje que hice a París, cumplí al maestro Bonnat la palabra que le dí de hacerle el busto, y por tener yo que regresar a Madrid precipitadamente, no pudo él hacerme mi retrato, como bondadosamente me había ofrecido; quedamos en que en el próximo viaje me lo haría, y cuando ya me disponía a emprenderlo, se recibió la fatal noticia de su fallecimiento.

León Bonnat es, sin duda, una de las figuras cumbres de la pintura contemporánea; en su paleta conservó siempre la influencia de los grandes maestros españoles y, al propio tiempo, supo evolucionar constantemente, y hasta en sus últimos días su pintura se conservó joven. No quiero extenderme en reflexiones sobre la pintura de Bonnat, porque entonces tendrían estas breves e incoherentes notas de carácter personal y anecdótico un tono crítico que estoy muy lejos de querer adoptar; además, ya mi querido y admirado compañero José Ramón Mélida se extenderá sobre el particular en un detenido y sagaz estudio.

Y para terminar, voy a permitirme una proposición. Creo que el maestro Bonnat, que tanta relación y tan íntima ha tenido con España, bien merece que en este homenaje que se le rinde sea uno de los actos el dedicarle una lápida y, a ser posible, que dicha lápida dé nombre a la calle en que él vivió más tiempo. Con lo cual no habremos hecho sino corresponder a lo que los franceses hicieron con Fortuny en París.

Y pongo el punto final a estas desordenadas líneas, inspiradas en un gran cariño y admiración al maestro Bonnat, unidos al que siempre he profesado a la gloriosa Francia. Y yo ruego a la Academia que acepte, como sincero tributo de admiración al maestro Bonnat, el busto en bronce que le hice en mi última visita a París, ya que el mármol de este mismo busto lo ofrecí al Instituto de Francia cuando esta Academia me honró con su representación en el homenaje que en París se rindió a los llorados maestros Bonnat y Sorolla.

Mariano Benlliure.

BIOGRAFÍA

La Academia rinde gustosa merecido homenaje a la memoria del insigne pintor francés León Bonnat, no solamente por lo que tan esclarecida firma representa al pasar a la Historia en la general del Arte contemporáneo, sino porque León Bonnat fué algo nuestro: en esta Academia recibió las primeras enseñanzas artísticas, en los lienzos de nuestros grandes pintores del siglo de oro, que estudió y copió en el Museo del Prado, formó su gusto artístico con la orientación realista y vigorosa que mejor se adaptaba a su temperamento; en Madrid vivió su primera juventud y despertaron las ilusiones que decidieron de su suerte, y aquí produjo sus primeras obras. Nada de eso olvidó él nunca, presente lo tenía siempre en su memoria, y por todo ello amaba a España. No le olvidamos nosotros tampoco, le queríamos y le contábamos entre los Académicos honorarios. Razón es, por tanto, que tributemos a su memoria esta honrosa conmemoración.

Y si al propósito me confiasteis el cuidado de trazar este bosquejo biográfico, es tan sólo por la consideración de los lazos de parentesco que unieron a la familia Bonnat con la mía. Con gratitud vengo a cumplir el cometido, auxiliado de caros recuerdos y de lo que se sabe de la vida ejemplar y de la producción valiosa del gran pintor. Digno es por cierto de un libro, que sin duda habrá de escribirse. Para la presente ocasión quisiera yo bastasen las siguientes líneas. De la estancia de Bonnat en Madrid algo puedo decir yo; y habréis de perdonarme si al hacerlo tengo que hablar de mi familia. De su lucha por la gloria y de la conquista de ella en Francia ha dado

cuenta en hermosos discursos necrológicos, ante la Sociedad de Amigos del Louvre, M. Antonin Personnaz, Vicepresidente de la Comisión del Museo Bonnat en Bayona, y como yo, antiguo amigo del artista, en la Academia de Bellas Artes de París, M. Ch. Wilsor. De las puntuales noticias de tan autorizados biógrafos habré, pues, de valerme para muchos puntos de este relato.

Con motivo de las bodas reales, celebradas en Madrid en 10 de Octubre de 1846, fué enviado a España, como Embajador extraordinario de Inglaterra, Mr. Robinsón, el cual pasó la frontera trayendo en su compañía a un extraño: un muchacho de trece años, que en Bayona habían confiado a su cuidado, y al que el favorecedor, esclavo, como buen diplomático, de la etiqueta, le impuso la de que se mantuviese derecho, en su asiento, sin apoyarse en el respaldo, durante el viaje. Harto fatigado por tal exigencia el adolescente, cuando hicieron alto en Burgos no hubiera encontrado la cama que había menester, si una señora no le hubiese cedido la mitad de la suya. En Burgos debió permanecer más tiempo del necesario que empleara para continuar su ruta el Embajador, que acaso no había consentido en traerle más que hasta dicho punto. Ello es que hasta 21 de Diciembre siguiente no llegó a Madrid el jovencillo, el cual no era otro que León Bonnat.

En Madrid le aguardaban sus padres D. José Bonnat y doña Florentina Sarvy, los cuales habían venido poco tiempo antes y se habían establecido en la Corte, donde el jefe de la familia había abierto una librería en la casa que hoy lleva el número 17 de la calle de la Montera. D. José Bonnat había nacido en Madrid, de familia francesa. Tenía aquí desde hacía tiempo negocios y a su hermano D. Hipólito, casado con doña Luisa Alinari, hermana de mi madre.

A su vez, D. José Bonnat se había casado con D.^a Florentina Sarvy en 1830, en Bayona, de donde ella era natural, y donde nació en 20 de Junio de 1833 su hijo León, que es el que había de enaltecer su honrado apellido. No lo soñaba, a lo menos en el campo del Arte, pues le seducía la idea de ser mari-

no, cuando en 1846 se restituyó al hogar paterno y a la compañía de una hermana y un hermano pequeños, Laura y Pablo, a los que todavía se añadió, en Marzo del año siguiente, otra hermana, que fué bautizada en la parroquia de San Luis con el nombre de María.

Desde niño había mostrado León Bonnat afición al dibujo. En Madrid, las visitas que hacía al Museo, donde se extasiaba ante los lienzos de los maestros españoles, sobre todo Velázquez y Ribera, que desde luego le sedujeron, y la lectura que hizo con fruición, posiblemente en la librería de su padre, de *La Vida de los Pintores*, de Vasari, despertaron su irresistible vocación artística.

El mismo da cuenta de ello en uno de los pocos escritos que hay suyos: el *prólogo* que puso al libro *Velázquez*, del ilustre pintor y crítico D. Aureliano de Beruete. Dice así Bonnat: «Yo he sido educado en el culto de Velázquez. Siendo yo muy joven, en Madrid, mi padre, en los días llenos de luz, como no se ven más que en España, me llevaba a veces al Museo del Prado, donde hacíamos grandes paradas en las salas españolas. Salía yo siempre con un sentimiento de profunda admiración por Velázquez. Las *Meninas*, el *Cristo*, las *Lanzas*, se apoderaban de mi imaginación. Más tarde, cuando me fué permitido frecuentar los cursos de la Academia de San Fernando, hallé que mis condiscípulos participaban del mismo entusiasmo. Velázquez era nuestro dios. Conocíamos sus obras de memoria, y sabíamos cómo estaban pintadas tal mano, tal cabeza. El menor de sus arrepentimientos, tan frecuentes en sus obras, no se nos escapaba y no hablábamos de él más que nombrándole respetuosamente por su nombre, *don Diego*, que en nuestro pensamiento quería decir *el maestro*, el *maestro por excelencia*.»

Alumno de las enseñanzas de la Academia, recibíólas de D. José Madrazo, luego de D. Federico Madrazo y de D. Juan Ribera, a quienes siempre recordaba con cariño.

Verdad es que todos le querían, no sólo por la voluntad con que aprovechaba las enseñanzas, sino por su natural sencillez y bondadoso. Pasaba amenos ratos con mi hermano En-

rique, que por su parte comenzaba también a ejercitarse en la pintura, y con sus primos y nuestros, entre los cuales sobresalió Agustín Bonnat y Alinari, literato de mérito, a cuyo prematuro fallecimiento, ocurrido en 1858, dedicó su amigo íntimo el ilustre D. Pedro Antonio de Alarcón una hermosa necrología.

En las horas libres que le dejaban las clases, hacía Bonnat copias en el Museo y se ensayaba en obras originales, para las que servían de modelo sus amigos. Rápidos debieron ser sus progresos, pues a los diez y siete años pintó su primer cuadro, *Giotto dibujando en la arena*, que sorprendió a sus profesores, hasta el punto de dudar fuese de su mano, y que hoy se halla en el Museo de Bayona. Hizo retratos de familia, los de sus hermanos Pablo y María, el de nuestra prima Emilia Bonnat y Alinari y el de tamaño natural de su tía, la Madre Rita Bonnat, Superiora del Colegio de las Ursulinas de Madrid, en cuyo convento de San Pedro, cerca de Bayona, se guarda. La mayor prueba que recibió entonces del reconocimiento de su mérito fué un encargo oficial, el de pintar para el Museo Iconográfico el retrato del *Rey Fruela*, que hoy se halla en el Santuario de Covadonga.

Se revelaba, pues, el joven pintor como una esperanza del Arte; pero, ¡suerte adversal, entretanto el padre, que había trasladado librería y vivienda a la Carrera de San Jerónimo, número 4, veía decaer sus negocios, lo que contribuyó, sin duda, a quebrantar su salud y precipitar su prematuro fin a los cincuenta y cuatro años de edad. D. José Bonnat murió en Madrid el 9 de Agosto de 1853.

Encontróse, pues, el joven pintor, que acababa de cumplir veinte años, ante la desgracia moral y material, siendo él quien únicamente podía y debía afrontar el incierto porvenir. Su fe en sí mismo y su tenaz voluntad, que fueron siempre característica de su persona, le salvaron.

Todavía en aquellos tristes días debió ejecutar algunas de sus obras. Una de las más importantes, el *Retrato de D. Nicolás Mérida*, mi padre, está fechado en ese mismo año de 1853,

y acaso cierra la producción matritense primera del artista, en la cual se advierte, juntamente con la corrección académica, la sólida tendencia realista asimilada de nuestros grandes pintores.

Liquidada como fué posible la situación financiera, la familia Bonnat salió de Madrid el 17 de Noviembre de dicho año 53 para Bayona. Pero en Madrid dejaba León algo de su alma.

Bien lo expresaba tres años más tarde a un amigo suyo de Bayona que se proponía venir a visitar nuestro Museo del Prado; le habla con devoción de artista de Velázquez, y añade: «No hay uno de esos recuerdos que no me conmueva, que no me impresione de un modo alegre o triste, que no haga latir vivamente mi corazón. Amo Madrid. ¡En Madrid es donde yo he comenzado a sentir, a comprender, a vivir!»

Escribía esto desde París, donde se había instalado con su familia en Enero de 1854, merced a la pensión trienal de 1.500 francos que le concedió el Ayuntamiento de Bayona, lo que le permitió perfeccionarse con la enseñanza privada del pintor León Cogniet, y en la Escuela de Bellas Artes con los cursos de Anatomía, Perspectiva y Dibujo.

En 1857 presentó por vez primera en el Salón de París tres retratos, que fueron admitidos, desde luego; y al año siguiente, mediante la prórroga por tres años de su pensión del Ayuntamiento de Bayona, marchó a Roma, donde estudiando las obras de los grandes maestros, copiando y pintando, pasó hasta Abril de 1861.

En una carta a su amigo y paisano de referencia, resume el juicio que le merecen los pintores italianos. Refiriéndose a sus compañeros, imbuídos del purismo entonces en boga, escribe: «Quieren que me guste Corregio, y no comprenden que yo les hablo de Rembrandt; no me perdonan que no ponga a Rafael el primero y que prefiera a Miguel Angel y a Leonardo... Rafael acumula el mayor número de cualidades; ningún pintor ha reunido tan hermoso dibujo, tan buen color, tan bellas expresiones, tan bellas composiciones...; mas, por mi parte, pongo por encima, a pesar de sus desigualdades, la subli-

me y salvaje energía de Miguel Angel o la fina sonrisa de una cabeza de Leonardo, sonrisa que no se olvida cuando se ha visto una vez. Miguel Angel no puede ser olvidado.» Y no le olvidó. Miguel Angel, Velázquez, Ribera y Rembrandt fueron los mejores maestros de Bonnat. Ese su lenguaje como su pintura eran la expresión de su personalidad de innovador que empezaba a revelarse.

Al volver a París para comenzar la lucha, que no se le ocultaba había de ser ruda, traía por fruto de su pensión tres cuadros: *El buen Samaritano*, que en el Salón del 61 obtuvo mención honorífica, y fué adquirido por el Estado en 1 800 francos; la *Muerte de Abel*, que le valió en el Salón del año siguiente segunda medalla, y que hoy se halla en el Museo de Lille, y la *Maruccia*, deliciosa figura adquirida por la Princesa Matilde. Ganó fama con ello, y cuando en el Salón de 1863 expuso *El Martirio de San Andrés*, una de sus mejores obras, obtuvo un éxito moral, a pesar de la crítica, que se resistía a admitir el realismo vigoroso de Bonnat; las pasiones en el jurado le restaron votos para medalla, y tal fué el caso, que el Ministro de Bellas Artes, para repararle, decidió la adquisición del cuadro, a sabiendas de que lo había pintado para Bayona, en cuyo Museo se conserva.

La Emperatriz compró luego en 8.000 francos un cuadro de los que Bonnat había pintado en Roma: *Peregrinos al pie de la estatua de San Pedro*, y se hace notar al propósito, que en vez de haber alentado esta venta al pintor para halagar al público con cuadros de género, fiel a lo que sentía mejor, prefirió entonces y siempre los cuadros de Historia, mejor dicho, la gran pintura.

En 1864 volvió León a Madrid. No fué larga su estancia y debió parar en casa de su tío D. José Sarvy que, según referencias recientes, debía habitar en la calle de Fúcar.

Había salido de Madrid cuando tenía acabado su aprendizaje y volvía a los once años, habiendo despertado en el ambiente de Italia su personalidad; y de ella y de su breve estancia dejó notables muestras en Madrid, pues por no dejar ocio-

Los pinceles hizo unos cuantos retratos de amigos y parientes, estudios no más, unas cabezas, pero obras de indudable valor por la espontaneidad y soltura de ejecución. Estas obras, que constituyen brillante epílogo de la producción matritense de León Bonnat, fueron los retratos del pintor y crítico notable D. Ceferino Araujo Sánchez (cabeza riberesca), y el de mi hermano Enrique, lienzos ambos existentes en el Museo de Arte Moderno; el de nuestro común primo José Bonnat y Alinari y el de mi hermano Alberto.

También a Bonnat le retrataron entonces. Lo hizo Víctor Manzano, aquel pintor de grandes alientos que poco después nos arrebató la muerte. Este retrato es una tabla que conservo, y como las anteriores, un recuerdo de la vida de los estudios de los pintores en aquel tiempo en que conocí yo a León.

Entre mis recuerdos de la niñez, conservo el de mi conocimiento con aquel joven artista de la familia que había estado ya en Roma, y era un hombre tan modesto y sencillo. Venía por las noches a casa; él y mi hermano dibujaban; el tío Sarvy modelaba en cera figurillas de osos y otros animales.

Vuelto a París Bonnat, donde vivía con su virtuosa madre, que tanto había sufrido y por cuyo bienestar se afanaba más que por el suyo, y con su hermana María, que le ayudaba con su espíritu e inteligencia singulares (y que andando los años fué la esposa de mi hermano Enrique), se preparó de nuevo para la lucha pintando un cuadro, cuyo asunto meditaba hacía tiempo: *Antígona guiando a Edipo ciego*. Expuesta esta obra en el Salón en 1865, chocó al público el realismo de aquellas figuras de la Epopeya; pero no faltó quien diera la razón al artista. Gautier encontró lógico tal modo de interpretar la Antigüedad. Adquirido el lienzo por el Gobierno, pertenece al Museo de Poitiers.

Vuelve a la lucha Bonnat en 1866, presentando en el Salón una de sus obras maestra: *San Vicente de Paúl sustituyendo a un cautivo*. A la vista de este hermoso lienzo se hizo justicia al realismo sincero de Bonnat, pero propuesto para el premio de honor, no obtuvo votos suficientes, verdad es que tampoco

los demás propuestos. Y aun se le regateó una recompensa honorífica. Sin duda se le discutía porque había llegado en doce años, desde que salió de Madrid recién huérfano de padre, sin recursos, al cabo de haber sufrido estrecheces, privaciones y zozobras; por su fe en sí mismo y por su talento, se había hecho un gran pintor y había salvado y asegurado la situación de su casa. En aquella ocasión para él memorable, las ventas que le atrajo el éxito le produjeron 34.000 francos.

Y al cabo ganó gallardamente la medalla de honor en el Salón de 1869 con su magnífico cuadro *La Asunción*, que hoy se admira en la iglesia de San Andrés de Bayona.

Entre sus obras de gran pintura no es posible omitir el dramático *Cristo* que pintó para el Palacio de Justicia, ni el *Job*, soberbio desnudo riberesco, que figura en el Museo de Luxemburgo, ni la gran composición *Martirio de San Dionisio*, que decora el Panteón, ni el techo en que representó con singular brío al Sol en su carro, que le vi pintar para el *Hotel de Ville*, de París.

Aparte esos cuadros de empeño, sus pinceles, nunca ociosos, producían otras cosas. En el viaje que con el pintor Géro- me y otros artistas hizo a Oriente en 1868, a pesar de las fatigas de la larga expedición en camello para ir a Jerusalén, hizo numerosos estudios.

Como se ha visto, desde sus comienzos había cultivado el retrato, género que tan bien se avenía a un artista de su condición.

Llamóle Thiers para que le hiciera el retrato y le recibió amablemente. Bonnat le seguía la conversación, y sin que lo advirtiese le observaba, hasta que habiendo sorprendido una postura que al gran político le era habitual, le dijo que en ella le retrataría. Presentado el cuadro en el Salón de 1868, el éxito fué tal, que Bonnat quedó consagrado como retratista sin par. Desde entonces desfilaron por las Exposiciones los hombres célebres de Francia retratados por Bonnat: los Presidentes de la República, el Cardenal Lavigerie, artistas como su maestro León Cogniet y Puvis de Chavannes, hombres de

ciencia como Pasteur, escritores como Víctor Hugo, Alejandro Dumas y Renán. Numerosísimos son los retratos que hizo de particulares. Y en todos puso la verdad y la expresión de la vida.

Recuerdo que un día, en el estudio de León, en París, contemplaba yo sus lienzos y le hablaba, mientras él, que era hombre de pocas palabras, siempre precisas y sinceras, descansaba en una butaca detrás de mí. Teníamos delante tres retratos que había concluido, dos de señora y otro de un caballero, americanos, puestos en sus marcos. Sin duda subyugado por aquellas obras maestras, suspendí la charla. El silencio fué más elocuente que mis palabras. León dijo de pronto, con su sencillez característica: «Parecen seres vivos que se asoman ahí a unas ventanas.» Y era verdad. Tales eran el bulto y la vida de aquellos personajes pintados.

Acaso el último lienzo de la serie fué su autorretrato, acerca del cual me escribió, por supuesto en castellano, el 14 de Enero de 1919 encargándome averiguase si el lienzo estaba ya en poder de Benlliure, y añadía: «dile de mi parte que disponga de él *como le parezca*». Benlliure lo que hizo fué colocarle en el sitio de honor, en la Sala Francesa del Museo de Arte Moderno.

En la misma carta me hacía otro encargo en los términos siguientes: «Ves a ver a Miguel Blay, que me escribió en los últimos días del año pasado una preciosa carta, para decirme que había sido nombrado Director de la Escuela de Bellas Artes de Madrid. Dile que le doy infinitas gracias por todo lo que me escribe con verdadero talento (¡Qué bien sabe escribir!) y con todo su corazón. No le contesto porque me cuesta demasiado trabajo, pero cuento contigo para expresarle mis sentimientos, los más amistosos y afectuosos.»

La razón de que le costase trabajo escribir y de que lo hiciera con lápiz, porque decía que con pluma le temblaba más el pulso, era que tenía ochenta y cinco años. Y la carta terminaba así: «Dispénsame el trabajo que te doy; pero, ¿a quién mejor que al hermano de Enrique puedo dirigirme?»

Con esto me lo decía todo. Porque León había perdido en 1897 a su madre; en 1900, a su hermana María, viuda de mi hermano, y se había quedado solo. Solo en la casa que se había hecho construir en la rue Bassano, para bienestar de los suyos y apropiada instalación de su estudio y de sus colecciones.

Es un aspecto interesante de Bonnat el de coleccionista. Lo fué principalmente de dibujos de los maestros antiguos y modernos. Los persiguió con afán; en cuanto sabía que se preparaba una venta de ellos, tomaba el tren e iba a donde fuese necesario a pujarlos, hasta quedarse con ellos. Los reunió de Botticelli, de Perugino, de Miguel Angel—el *Adán y Eva*—; de Rafael, de Holbein, de Van-der-Weyden, de Durero, de Rembrandt—una serie única—; de Ingres, de Millet. Y no sólo dibujos, sino bocetos, apuntes y cuadros adquirió también de algunos de esos maestros, más de Rubens, de Van Dyck, del *Greco*, de Goya y de varios contemporáneos, incluso uno de Sorolla en la Exposición que de sus obras hizo nuestro gran artista en París. Añadíanse a todo ello la más numerosa serie de bronce del animalista Baryé, retocados por él mismo, y variedad de objetos antiguos.

No debían perderse estas colecciones.

Bonnat, que conservó siempre profunda gratitud a la ciudad de Bayona por haberle dado los medios de completar su educación artística, pagó con creces su deuda, fundando allí el valioso Museo que lleva su nombre, y donde está gran parte de esas colecciones preciosas, mas algunas otras obras y retratos de familia, incluso el del propio León y el de mi hermano Alberto, pintados por Degas, lienzos tan celebrados por la crítica. Los dibujos de los antiguos maestros, en su mayor parte, enriquecen hoy el Museo del Louvre, unos por donaciones hechas en sus últimos años, y otros legados en su testamento, como también legó el retrato de su madre al Estado.

Artista que con su talento, tan poderoso como su voluntad, supo conquistar la gloria al par que posición social y fortuna, recibió, además de las bien ganadas recompensas, honores

oficiales. Fué elegido por la Academia de Bellas Artes de París, miembro del Instituto de Francia; formó parte y llegó a ser el Presidente del Consejo de los Museos Nacionales y Director de la Escuela de Bellas Artes, condecorado con la Gran Cruz de la Legión de Honor, y formó parte del Consejo de la Orden.

Por todo ello, y porque con gran sentido moral apreció en todo tiempo su deber, León, que cuando la guerra del 70 tomó el fusil y fué de los defensores de París, al comenzar la última gran guerra, en la cual por sus muchos años no podía hacer otro tanto, me escribió desde su casa veraniega de San Juan de Luz: «Voy a París; allí está mi puesto.»

En cuanto a sus relaciones con España, excusado es decir que fueron constantes y afectuosas. Algunas veces venía para visitar sobre todo el Museo del Prado, y especialmente a *Don Diego*. En 1893, en que con motivo de la celebración del Centenario del descubrimiento de América, la Exposición de Bellas Artes tuvo carácter internacional, y el envío de los artistas franceses fué importante, Bonnat vino a formar parte del Jurado, como representante de Francia.

Prometió volver para hacer el retrato de D. Federico Madrazo, pero no pudo cumplirlo. Impidieronle de realizarlo varias causas. Después, su avanzada edad le privó, bien a pesar suyo, de venir a la solemne ceremonia de colocación de la primera piedra de la *Casa Velázquez*; mas cuando nuestro Rey visitó París en Octubre de 1919, Bonnat fué quien le tributó el debido homenaje de gratitud, llevando la voz de aquella Academia de Bellas Artes, y en castellano, en un discurso que está publicado en nuestro *Boletín*. En esta ocasión, S. M. el Rey concedió a Bonnat la Gran Cruz de Alfonso XII.

Para todo lo que fueren relaciones artísticas de Francia con España se contaba con él. Era el lazo de unión más significado y valioso en ese aspecto cultural. Bondadoso siempre con los artistas españoles que fueron a París, lo fué principalmente con los profesores y alumnos de nuestras Escuelas de Arquitectura y de Pintura y Escultura que fueron a Pa-

rís en 1919, y a quienes recibió en la suya de Bellas Artes.

Su laboriosidad infatigable todavía se ejercitaba en sus últimos días pintando retratos de sus amigos. Si los años habían mermado algún tanto sus facultades, todavía se mantenía vivo y señalaba su huella indeleble en los lienzos el espíritu de aquel hombre bueno y ejemplar que lo debía todo a su talento grande y fecundo y a su vida austera y disciplinada.

Así llegó León Bonnat a los ochenta y nueve años, y poco después de cumplirlos, el 8 de Septiembre de 1922, se extinguió su vida en el *Château de Monchy-Saint-Eloi*.

Estos sencillos apuntes biográficos, trazados con los recuerdos más o menos directos de una vida gloriosa, no pueden decir todo lo que el gran artista merece, ni era yo el llamado a decirlo; pero me permitiréis indicar que en la historia de nuestra pintura del siglo XIX y en el juicio de la filiación de los artistas, respecto a los grandes maestros de la pintura de nuestro siglo de oro, el nombre de León Bonnat reclama un puesto. Por otra parte, pienso que la *Casa de Velázquez*, próxima a ser inaugurada, será también la casa de Bonnat, pues él, con su vigorosa pintura, señaló a España como fuente inagotable de inspiración para los artistas.

José R. Mélida.

LA PINTURA DE LEÓN BONNAT

La solemnidad que estamos celebrando requiere unir al elogio expansivo del corazón el asentimiento analítico de la crítica, algo de estudio de la razón estética, que poniendo de relieve la personalidad del artista, consiga de una parte justificar el aplauso ante la historia, y de otra que sirva de aliento a los alumnos de la Escuela de Bellas Artes que nos escuchan, tomando ejemplo, despertando entusiasmos, fuerzas del alma que son la dinámica activa en el progreso de las Bellas Artes.

Ya lo habéis oído: José Florentino León Bonnat comenzó sus estudios en esta Escuela de San Fernando, como compañero y alumno, recogió aquí los primeros premios, encargos y recompensas, y como vosotros, los alumnos de hoy, despertó su amor a la pintura ante las obras de nuestros clásicos, en las de Velázquez, de noble realismo (1), las de Ribera y Zurbarán, de construcción escultórica y solemne austeridad. Y estas cualidades las fundió en su temperamento personal durante toda su vida. Vida de trabajo, que llegó casi a ser secular y fué invertida en una misma dirección, consagrada a un mismo credo, en ese lenguaje de la forma donde el alma se muestra como en un espejo, cobrando vida e inmortalizándose en su obra, léxico privilegiado el de la pintura, el de poder aprisionar las luces y las sombras en el verbo estético de la línea y el color.

(1) *Velázquez et la peinture contemporaine*, par Louis Gillet, pág. 255.

Nacido entre los Pirineos y el mar Cantábrico, en ese territorio de la Gascuña, por muchos siglos fronterizo al Reino de Navarra, la obra de Bonnat puede considerarse como precursora de la moderna pintura vizcaíno-vascongada. Alguno de sus alumnos, como Rogelio de Eguzquiza, nacido en Bilbao en 1845, fueron verdaderos apóstoles de su manierismo; Alejandrino Irureta, en su estudio de San Sebastián, hace veinticinco años, educaba a sus alumnos en los mismos principios; hoy día encontramos en todos los artistas de dicha región esa austeridad sobria del ademán, de un ritmo acompasado y firme, y esa síntesis emotiva que caracteriza, como sabéis, las obras de Zuloaga, los Zubiaurre y Salaberría; en ellas está inmanente, bajo un concepto menos clasicista y académico, la obra pictórica de Bonnat; rara vez asoma una sonrisa en los cuadros de nuestros artistas nortños, y no recuerdo uno solo de nuestro artista adoptivo, que se aparte del ademán grave, de la solemnidad augusta, del concepto elocuente y declamatorio del buen decir; nunca salió de sus manos nada cómico ni trivial, siendo constante su producción razonada y seria, tanto en los retratos como en los cuadros de composición y en los asuntos elegidos para los mismos.

La larga vida de Bonnat se codea en el primer tercio del siglo XIX con la de D. Vicente López, convive con los Madrazo, presencia el éxito de Rosales con su *Testamento de Isabel la Católica*, en la Exposición universal de París de 1867, sigue las huellas de Fortuny y de Martín Rico, los pasos de Sala, Moreno Carbonero, Beruete y Sorolla, y abre sus brazos y su hogar a todo artista español. Su obra de prócer en el Museo de Bayona suntuosamente instalado, sus desvelos por la Casa de Velázquez, ya en construcción en Madrid en los terrenos de la Moncloa, y su iniciativa por la proyectada Casa de Carpeaux como hogar de artistas españoles en París, muestran un amor a España, y una altura de miras paralela al alto espíritu del artista, que dibuja y construye con el pincel como si modelara con el buril cincelandó una estatua en metal resistente, o grabando en trazos indelebles las formas concebidas

en su imaginación, aspirando siempre a lo grande y a lo eterno.

Como todos nuestros grandes artistas del siglo XIX, León Bonnat, fué a Italia a completar sus estudios; el esplendor monumental y artístico de la cuna del Renacimiento, aunque le llevó a copiar de Miguel Angel algunas figuras del techo de la Capilla Sixtina, no logró distraer su predilección por Velázquez; así ocurrió años después a Eduardo Rosales; los modelos de la campiña romana, que servían de motivo a sus cuadros y estudios, venían a recordarnos a los bufones del Museo del Prado; citemos la Ciociara abrazada al niño, de Bonnat, que es una mezcla de la Virgen de la Silla, de Rafael, y la espalda de la hilandera de nuestro gran maestro, y recuerdo asimismo el ciociaro de Rosales, especie de San Juanito de Leonardo, que une a la sonrisa ideal de la Gioconda la sonrisa indefinida y vaga del Bobo de Coria.

Para Bonnat, los diálogos de Francisco de Holanda, los postulados de Vinci y los tratados de la pintura de Pablo de Céspedes, Pacheco y Palomino, eran lecturas familiares y le servían para comentar e intercalar con ellos las cartas de Delacroix y los textos doctrinarios de Charles Blanc y de Viardot; así al completar su corazón de pintor, al madurar su maestría, al frente de la Escuela de Bellas Artes de París, cooperaba al brillo y desarrollo de la juventud artística de Francia y del mundo entero, y el juicio supremo de la crítica hacía justicia y honor a los grandes maestros de nuestro siglo de oro.

Analizando su técnica, vemos que se aparta de ese empaste jugoso del color, que dieron fama de castizos a Delacroix, especialmente por su Dante y Virgilio, a Manet por su Olimpia, a Reynolds por su retrato de Prim; el casticismo de Bonnat radica más en el fondo que en su forma; más que en la epidermis, en la robustez de la traza. ¡Qué ejemplo más elocuente nos ofrece en sus pinturas decorativas! Vedlas en el *Panthéon* de París, entre las opacidades bucólicas y místicas de Puvis de Chavannes y la robustez naturalista de Jean Paul Laurens, y notaréis ese sello de españolismo en el que van unidas la energía y la convicción.

Toque preciso y punteado es el que brota de sus pinceles, luminoso unas veces como polvo de oro en los claros, sanguíneo otras como bordado bizantino en los oscuros; sus cuadros dan siempre la sensación de limpidez y de tersura, no hay vaguedades en la luz, y el modelado, hermano del de Rembrandt y el de Ribera (1), se singulariza, sin duda debido a la diferente calidad de los materiales empleados en su paleta, por un resultado plástico más denso y seco que el del maestro holandés, y más menudo y anaranjado que el del maestro valenciano, manera personal la de Bonnat que va insinuándose al finalizar el primer tercio de su producción, y se acentúa cada vez más en el resto de su vida, cambio que podemos apreciar bien claramente si estudiamos al mismo tiempo los cuadros de su primera época, tan apegados a los citados maestros, y los que produjo en sus últimos años; proceso natural de la afirmación de su estilo propio, expansión instintiva de su mano maestra al llevar la pincelada sobre el lienzo; con ellas va siempre la preocupación de hacer tangible lo corpóreo, el dominio de la luz enfocada del estudio, el máximo de contraste en estos medios, y tal es el resultado, que ¿no recordáis el efecto y atracción que tienen las figuras de sus cuadros al verlos reproducidos en fotografía? ¿No os parece que estamos examinando en ellos las obras de un gran escultor? Así es que no os causará extrañeza si comparamos sus cuadros con estatuas y relieves de las mejores épocas; ved si no la colección de sus admirables retratos en parangón con los bustos y estatuas de los Emperadores romanos, tales, por ejemplo, los retratos de Renán y de Thiers, como el del Cardenal Lavigerie, semejantes por su realismo, los primeros a los bustos de *Adriano*, de *Vitelio* y *Caracalda*, existentes en el Capitolio, y el último a la estatua del *Nerva* del Vaticano; su hermosísimo Cristo pintado para el Palacio de Justicia de París, como el Job del Museo de Luxemburgo, corren en emoción estética, especialmente

(1) *La peinture au XVII et XVIII siècle*, par Luis Gillet, pág. 228.

por su estructura, con el *Cristo de la Espiración* de Montañés y el *San Jerónimo* de Torrigliano; sus grandes composiciones decorativas del *Panthéon* y del *Hotel de Ville* parecen grupos de Rude o de Carpeaux, no ya sólo por lo corpóreo de su traza, sino también por el estro de su composición y el equilibrio de sus planos, la ponderación de sus masas, tal es el valor gráfico de su pintura; de ahí depende que sus obras se hicieran inconfundibles en los salones de la Sociedad de artistas franceses, donde vino exponiendo todos los años desde 1859, como siguen siéndolo ahora en los Museos modernos, donde no necesitan ni firma ni referencia en el catálogo.

Tal es, señores, a grandes rasgos, el bosquejo crítico que se desprende de su obra; al lado de ella recordemos también sus palabras: «El dibujo—decía—es la verdadera fuerza de la pintura; no se llega a maestro sino por el dibujo»; cuando le veían pintar de espaldas al modelo, en la terminación de sus cuadros, decía: «Para la obra del verdadero artista, para el artista mismo, la perfección reside en el recuerdo.» Y si así amaba la forma como dibujo y como corrección depurada, no menos elogiaba los efectos de la luz; las últimas palabras en el lecho de muerte fueron para pedir que abrieran las ventanas. «Abridlas—decía—cuanto sea posible.» Y sus últimas frases fueron éstas: «¡Oh, la luz, la luz; mirad qué hermosa es la luz!» (1).

Depositemos, señores, nuestros laureles ante la figura venerable del hombre y del artista, ante el firme y personal estilo de Bonnat, la grandeza de su alma y de su arte, el verbo estético de su dibujo y de su color.

José Garnelo y Alda.

(1) *Motive sur la vie et les travaux de M. Léon Bonnat*, par M. Ch-M. Vidoc. Institut de France (París), MCMXXIII.

II.—FIESTA DE LA RAZA

PREMIOS OBTENIDOS EN LOS CONCURSOS ANUALES



Instituída oficialmente la FIESTA DE LA RAZA, a la que contribuyen las Reales Academias convocando concursos anuales para la concesión de premios a trabajos artísticos, científicos y literarios, ha cumplido la nuestra su misión en este asunto abriendo certámenes en los años 1921 a 1924.

La determinación de los temas ha sido encomendada a cada una de las cuatro Secciones de la Academia, en orden sucesivo.

La Sección de Arquitectura fijó como tema de concurso en el primer año *Desarrollo de la Arquitectura en una o en varias de las naciones hispano-americanas, comprendiendo desde el descubrimiento hasta nuestros días*. El mismo tema, con aplicación respectivamente a la Pintura y a la Escultura, fué adoptado para los dos concursos siguientes. El del concurso de 1924 fué *Influencia de la música popular española en la genuina de los pueblos hispano-americanos*.

Consiste el premio en Medalla de oro y Diploma de Académico correspondiente, siendo concedido por la Academia mediante propuesta de la Sección correspondiente en informe de calificación detalladamente razonado.

En los concursos hasta hoy celebrados, han obtenido los respectivos premios los señores siguientes:

En el del año 1921, DON MARTÍN S. NOEL, de la República Argentina.

En el del 1922, DON LUIS ANTONIO DE VEGA, de México, y DON RAFAEL MARQUINA, de Madrid.

En el del 1924, DON ESTEBAN M. CÁCERES, de la República Argentina.

El concurso de 1923 fué declarado desierto.

Actualmente está abierto el concurso anual de 1925, sobre el tema: *Influencia ejercida en la Arquitectura colonial por las artes e industrias artísticas existentes en América con anterioridad al descubrimiento y conquista, estudiada en una o en varias de las naciones hispano-americanas.*



III.—FUNDACIÓN "MOLINA-HIGUERAS"

PREMIOS Y BECAS

AÑOS 1922, 1923 Y 1924.



El Estatuto de esta «Fundación», declarada benéfico-docente, impone a la Academia algunos deberes relativos a sufragios por las almas de los fundadores y a la conservación de su sepultura, a cuyo objeto se destina exclusivamente la renta de un pequeño capital, dedicándose la de otro de mayor cuantía a premios para Estudiantes de Pintura y de Escultura que la Academia crea dignos de ellos, mediante concurso u oposición, según se consigna en testamento otorgado por Doña Jacinta Pascual y Goñi, viuda de Don Angel Molina Higuera.

El régimen de los premios ha sido reglamentado por la Academia, estableciendo dos clases: uno de «mil quinientas pesetas», concedido al final de cada curso, alternativamente, a Alumnos de Pintura y de Escultura que hayan terminado sus estudios en la Escuela especial de Madrid, y cuatro premios o becas de «doscientas cincuenta pesetas» a cuatro Alumnos que empiecen sus estudios en la misma Escuela, con el carácter de auxilio a Estudiantes pobres.

Todos los premios son concedidos a propuesta del Claustro de Profesores de la Escuela, formulada mediante oposición.

Se hizo efectiva la «Fundación» el año 1922, obteniendo el premio de Escultura DON FRANCISCO PÉREZ MATEO.

El de Escultura, en 1923, fué concedido a DON JOAQUÍN ROCA CARRASCO.

El de 1924 a DON AGUSTÍN LÓPEZ GONZÁLEZ, autor del modelo de «Diploma», que fué el tema o asunto del ejercicio de oposición.

Las *becas* han sido otorgadas a los Alumnos siguientes, de lasclases preparatorias:

- Curso de 1922 a 1923:* Don Mariano Esteban Delgado.
Don César Prieto Martínez.
Don Fernando Briones Carmona.
Don José Expert y Arcos.
- Curso de 1923 a 1924:* Don Faustino Goicoechea.
Don Jesús Barrieras.
Don José Expert y Arcos.
Don Rafael Pellicer.
- Curso de 1924 a 1925:* Don Francisco Michavila.
Don Rufino Julián Valencia.
Don Francisco Ribera Gómez.
Don Juan Pérez Espolita.



BOM
NA

DISCU
SON

1925

6641
414